

para ser alguien en la comparsa social; para que no me llamen *Don Nadie*, y poder comer, poder vivir... Diganme dónde están la última monja y el último capuchino para ir á besarles el borde de las estameñas pardas y la suela de la sandalia sucia. Locura es querer alimentarse con las soflamas de mi amigo Donoso, forraje místico que no produce más que flato y acedías. Si á él le pagan sus discursos con embajadas y títulos de Marqués, á los que le aplaudimos y vamos por ahí dando resoplidos de admiración para hinchar los vientos de su fama, nada nos dan, como no sea desaires y malas palabras. Mucha religión, mucha teología política, mucha alianza de Altar y Trono; ¿pero, las magras dónde están? Yo las quiero, yo las necesito: las reclama mi estómago y el estómago de toda mi familia que es tan católica como otra cualquiera. Denme la vela, D. Gabino y Domiciana... Aquí está un hombre que se declara huérfano, y sale en busca de una *Madre* que le consuele... Dígame, Domiciana, cómo llegaré á la *Madre*, y qué debo llevar, á más del escapulario y vela, y qué arrumacos he de hacer para la adoración de sus llagas, que yo pondría también en mis manos, y en toda parte de mi cuerpo donde pudieran darme el olorcito de santidad que deseo..”

Sofocado y como delirante, sin saber ya lo que decía, terminó su arenga el desesperado D. Mariano, y girando sobre sus talones fué á desplomarse sobre el saco. La fa-

milia del cerero le oyó al principio con regocijo, después con lástima, al fin con pena... Todos suspiraban.

## XII

Ganando fuerzas y cobrando ánimos en su lenta reparación, gracias á los cuidados y al cariño de Lucila, que así le proveía de alimentos como de esperanzas, el Capitán parecía otro en los últimos días de Febrero. El renacimiento moral iba delante del físico; á medida que entraban en la zahurda las comodidades y el buen vivir, se iba marchando la tristeza, y con las seguridades que llevaba la moza de que ya no debían temer acecho de polizontes, recobraba Gracián toda la gallardía de su persona. Una serena y tibia noche, después de cenar, sentáronse los dos en el ventanón, y abrieron los cristales para contemplar el cielo y los términos lejanos que á la claridad de la luna desde aquellas alturas se distinguían. Ya Lucila, sin desmentir su modestia, se vestía y arreglaba esmeradamente con lo que le daba la cera, y Tomín, por no ser menos, gustaba de componerse, para que ella viéndole se alegrara: se reían y recíprocamente se alababan. “Ya estás como antes de la trifulca, Tominillo; y si no fuera por la barba crecida, parecería que no habían pasado días por tí. La cabeza es la misma: tu pelito cortado,

como lo tenías antes, y bien perfumadito, y tan suavecito. No dirás que no soy buena peluquera.

—¡Tú sí que estás guapa!—contestaba él cogiendo á su vez el incensario.—No sé si decir que estás ahora mejor que cuando te conocí. Tus ojos son no sólo el alma tuya, sino el alma de todo el Universo.

—No, no, Tomín: los ojos tuyos son los que más cosas traen en su mirar... Miras, y se queda una pensando, asustada de lo grande que es el mundo... el mundo del querer, Tomín...

—Grande es. Tus ojos lo miden, y aún les sobra medida. Yo veo en ellos todas las cosas creadas... y las que están por crear.

—El querer es gloria y martirio: por eso es un mundo que no tiene fin.

—El martirio tuyo por mí, Lucila, es mi gloria. Y mi padecer, ¿qué ha sido más que la gloria tuya? Tú me has resucitado... No me digas que no eres santa, porque eso será lo único que no te creeré.

De este tiroteo de ternezas, en elevada región de sus almas exaltadas, descendían á las ideas prácticas, y trataban del problema que ya pedía inmediata solución: cambiar de vivienda, estableciéndose en sitio más holgado y decoroso. Después de divagar un rato sobre esto, iban á parar al asunto que más embargaba la curiosidad y los pensamientos de Tomín. Había cuidado Lucila de referirle todo lo que Domiciana hacía por él, ó por los dos, que en un solo sentimiento confundía

el interés por entrambos; contóle también las relaciones de la ex-monja con una dama de la Reina. Ni á Domiciana ni á Doña Victorina las conocía Gracián. La cerera no le había visto nunca; ignoró su nombre hasta que Lucila se lo dijo para que lo apuntara, el día mismo en que la enseñó á peinarse á la moda. ¿No podría creerse que detrás de Domiciana y de la Sarmiento existía, bien tapujadita entre sombras discretas, alguna persona que era la verdaderamente interesada en la libertad y la vida de Bartolomé? Y aquí encajaba la pregunta ansiosa de Lucila: "Dime, Tomín, dímelo como si hablaras con Dios; repasa bien tus recuerdos; dí si en ellos encuentras alguna mujer, dama de Palacio, ó dama de una casa cualquiera, que en otro tiempo fué tu amiga, y ahora te protege, nos protege por mano de Domiciana."

Revolviendo los más hondos asientos de su memoria, Tomín dijo: "Por más que cavilo, no encuentro lo que buscas, ni puedo afirmar nada... Aparece, sí, en mis recuerdos alguna mujer... ¿Dices que tiene que ser dama?"

—Sí; y de influencia, de mucho poder.

—Pues entonces no... No hay nada de eso.

—Busca bien, Tomín... Y á falta de dama influyente, ¿no podrías encontrar alguna monja?

—¿Monja?... Eso ya es más grave. No te diré que no me salga alguna monja. Pero ello es en tiempos remotos y muy lejos de

Madrid, nada menos que en Mequinenza.

—La distancia no importa.

—Además... ahora recuerdo que la monja que entonces conocí, vamos, que la sacamos del convento entre un amigo y yo, se ha muerto.

—Tú me has contado que de los veintitrés á los veintiocho años fuiste muy calavera, un galanteador tremendo... ¿Entre tantas fechorías de amor, Tomín mío, no habrá el caso de haber querido á una mujer, de haberla dejado, como se deja una prenda de ropa que ya no sirve? ¿No pudo suceder que esa mujer, viéndose despreciada, volviera todos sus amores á Dios, y escondiera su tristeza en un convento, y allí tomara el hábito?

—Por Dios, Lucila, haces preguntas y presentas casos que le confunden á uno... No, no: eso es cuento, una novela de Carolinita Coronado ó de Gertrudis Gómez... Y si me apuras, no podré negar en conciencia que exista ese caso... ¡Cualquiera sabe si...! Me vuelves loco... Deja, deja que corran los acontecimientos y se cumpla el Destino... ¿Esa dama de Palacio, ó esa monja que me protege, han de ser personas de gran poder?

—Así parece, Tomín... No pensaba hablarte de esto; pero ya que ha salido conversación, sabrás que hoy me ha dicho Domiana: "Téngase el buen Gracián por indultado... La policía no se meterá con él." Y después dijo, dice: "Pero conviene que no salga á la calle todavía. Ya se le advertirá cuando pueda salir."

—Pues ¡viva la Libertad! ¡Respiremos, vivamos! — exclamó el Capitán levantándose como de un salto, y midiendo con mirada de hombre libre la opresora pequeñez del cuartucho.

Mientras Lucila se abismaba en tenebrosas inquietudes, el Capitán veía risueños espacios, azules como sus ojos. Hasta muy tarde estuvo desvelado, sin hablar más que de política, haciendo un formidable pisto en su cabeza con las ideas propias y las que de su lectura de periódicos había sacado en aquellos días. "¿No crees tú, Lucila, que este *Honrado concejo de la Mesta*, como dicen los guasones, viene á trasquilar al Militarismo, para que le crezca la lana á los cogullas? Esto es bien claro: se quiere arrumbar á la Tropa para que suba y medre el cleriguicio... Combatir el Militarismo significa quitarle la espada á la Nación para que no pueda defenderse. ¡El Militarismo! Así llaman á nuestro imperio, á la fuerza legítima que hemos adquirido construyendo la España civilizada sobre las ruínas de la retrógrada. Desde aquí veo yo la gran conspiración militar que se está fraguando en Madrid y en provincias para volver las cosas á su estado natural: las armas arriba, los bonetes abajo. Y cuanto más pienso en esto, más me inclino á relacionarlo con el misterio de las personas desconocidas que miran por mí. Tu idea de que me protegen monjas ó damas de Palacio es un desvarío de mujer, que no penetra en el fondo de las cosas

Alma mía, aquí no hay mujerío ni monjío; el socorro y las esperanzas de libertad nos vienen de mis compañeros de armas agazapados en las logias. En la casa de Tapa estuvo y está siempre, aunque otra cosa piense y diga la policía, el centro de la eterna reivindicación; aquel fuego nunca se apaga; de allí ha salido la voz que me dice: "Gracián, no desmayes; tus martirios tocan á su fin. Por tí velamos los leales; no está lejos la hora del triunfo..." Y no me contradigas, Cigüela del alma, trayéndome otra vez á colación tu resobada leyenda de la monja y la dama. ¿Sabes tú, pobrecilla, las ramificaciones que por una y otra parte de la sociedad tiene nuestra comunidad masónica? ¿Quién te ha dicho que no enlazamos nuestros hilos con hilos muy finos de conventos y palacios? ¿De dónde sacas que el señorío y el monjío no se dejan también camelar por los caballeros *Hijos de la Viuda*? ¡Tonta, más que tonta! ¿Y cuándo ha sido un disparate, como crees tú, que la misma policía nos pertenezca? ¿Qué han de hacer esos pobres esbirros, sabiendo que ya rondan la casa de Tapa todos los Generales residentes en Madrid, O'Donnell, Lersundi, el mismo Figueras, y que D. Ramón Narváez dirige los trabajos desde París, donde Luis Napoleón le trata á cuerpo de Rey?... ¿Dices que esto es ilusión, locura? ¿Crees que aún tengo la cabeza débil?

—¡Pobrecito mío —exclamó Lucila, — tanto tiempo encerrado en este nido de murcié-

lagos! Cuando salgas y veas gente, y respire el aire que todos respiran, pensarás de otro modo."

Calló el Capitán, no sin que le pusieran en cuidado las últimas palabras de su amiga. Sentada frente á él, Lucila también callaba, viendo pasar por su mente, con marcha circular de tío-vivo, una repetida procesión de monjas y damas. Del propio modo, andando y repitiéndose, iban las velas colgadas del arillo en el taller del cerero. Sobre las almas del Capitán y de Lucila se posó una nube de tristeza; pero ninguno decía nada. Tomín rompió el silencio, preguntándole: "¿En qué piensas?"

—Bien podrías adivinarlo, *Min*—replicó Lucila.—Pienso que á los dos no nos protegen, sino á tí solo; á mí, si acaso mientras pueda sacarte adelante; á mí no más que por el tiempo en que necesites enfermera... Me debes la vida... no lo digo por alabarme... pero ¿verdad que me la debes? Una vez asegurada tu vida, llegará el día en que conozcas á quién hoy mira por tí. ¿Será monja, será dama? Sea lo que fuere, cuando estés salvo, toda tu gratitud será para esa persona, todo tu amor para ella... ¡*Min*, ay mi *Min*! y ya no te acordarás de la pobre Cigüela... Sí, mi *Min*, no digas que no.

—Lucila, me matas... no sabes el daño que me haces—dijo Gracián apartándole las manos, que se había llevado al rostro, anegado en llanto.—¡Olvidarte yo... ser yo ingrato contigo! ¡Nunca!... Tú y yo unidos

siempre, siempre, unidos en la felicidad como lo hemos estado en la desgracia.

—No, no... Ahora lo crees así, ahora me dices lo que sientes; pero después...

—No hay después que valga. Si eso pudiera ser, téngame Dios toda la vida en esta miseria... Que me cojan, que me fusilen. Muera yo mil veces antes que separarme de tí, corazón. ¿Qué soy yo sin tí?

—Lo que fuiste antes de conocerme.

—Me acuerdo de lo que fuí, y no quiero ser aquel hombre, no quiero ser el hombre que no te conocía, que ignoraba la existencia de Lucila. Por Dios, no tengas esa idea, que es para mí peor que una idea de muerte. Todas las protectoras del mundo, si es que las hay, no valen lo que mi ángel. Lucila, no ofendas á tu *Min*, no mates á tu *Min*...

Las ternuras que le prodigó, sincero, rendido, con alma, sosegaron á la enamorada moza, que se secaba las lágrimas diciendo: "Bueno, mi *Min*, te creo; sí, te creo... No te hablo más de eso... ni lo pienso tampoco, mi *Min*, no lo pienso... Duérmete, descansa..."

### XIII

Con las buenas prendas de ropa, nuevas las unas, las otras apenas usadas, que le iba dando Domiciana, llegó á ponerse Lucila tan bien apañadita, que daba gloria verla.

Si sus extraordinarias gracias naturales adquirían realce con la pulcritud y el decente atavío, la ropa puesta sobre tal belleza resultaba mucho más linda y elegante de lo que era realmente. Por la calle veíase seguida y acosada de mozalbetes, y por todos requerida de amores. Tenía que cuadrarse á menudo, tomando los aires de arisca manola, para sacudirse de los señores de *levosa* (así solían llamar á las levitas) y de los militares de *chistera* (mote aplicado á los tricornios). Por su parte Domiciana no se descuidaba, y cada día se iba poniendo más guapetona. Peinábase lindamente; sus trajes eran elegantes dentro de la sencillez y modestia; presumiendo de pie pequeño y bonito, calzaba con fineza, y era por fin extremada en el aseo de su persona: Lucila se maravilló de ver los variados objetos que en su alcoba y gabinete tenía para la diaria faena de sus lavatorios.

La confianza entre las dos mujeres crecía y se afianzaba de día en día, llegando hasta la fraternidad. Domiciana propuso á Lucila que se tutearan, y así quedó practicado y establecido, hablándose como compañeras ó amigas de la misma edad. En tanto, la exclaustrada consagraba ya menos tiempo á la preparación de ingredientes de tocador ó de medicina casera, sin llegar al abandono de su industria. La cerería tenía la confiada á Ezequiel y Tomás: iba y venía, contenta y orgullosa, como el que ve sus facultades aplicadas á un fin práctico con resultado eficaz. Pero no le faltaban quiebras y desazo-

nes, y una de éstas era el continuo asedio del pobre cesante, amigo y azote de la casa, que habíala tomado por buzón en que diariamente depositaba el eterno memorial de sus cuitas. D. Mariano era su sombra: le cogía las vueltas en la calle, la estrechaba en la tienda y trastienda, seguía la con frescura descortés al sagrado de sus habitaciones particulares, se colaba en el gabinete, y hasta la sorprendió una vez en papillotes, preparándose para su limpieza corporal.

—Por Dios, D. Mariano, respete...

—Señora, los cesantes no respetamos nada. Somos una plaga española; somos una enfermedad de la Nación, una especie de sarna, señora mía, y lo menos que podemos pedir es que se nos oiga, ó que se nos rasque. Ningún español se puede librar de nuestro picor. Oígame usted y perdone...

Un día de Marzo, hallándose Lucila y Domiciana en la sala-droguería ribeteando, con prisas, una capa que habían comprado en corte para Tomín, se les presentó de improviso Centurión con aquellos modos serviles y aquel gracejo un tanto cínico que gastaba, y no hubo manera de quitársele de encima. —Soy yo, la sarna—dijo al entrar, enseñando en una rasgada sonrisa toda su dentadura.—Veño á picar, señoras. Rásquense ustedes; oíganme.

—Vamos D. Marianito—le dijo Domiciana,—que no estaba usted poco devoto esta mañana en San Justo... ya, ya.

—Hay que dar ejemplo, quiero decir, to-

marlo. *Sigue las pisadas de los que van por el recto camino*, cantó el Salmista.

—Y usted no se descuida... á un tiempo pica y reza.

—Siento que no me viera usted en la iglesita del nuevo convento de las señoras Franciscas, calle de Leganitos. Allí me pasé ayer toda la tarde, y hoy en la Encarnación, donde es Abadesa una prima segunda de mi esposa, y sobrina del Sr. Tarancón, Obispo de Córdoba, que ahora está en Madrid... Ya me inscribí en dos Cofradías. Pico todo lo que puedo... El maldito Gobierno es el que no se rasca. Y eso que en todas las sacristías me hago lenguas de la piedad de estos señores Bravo-Murillistas, que para entenderse con Roma y hacernos un Concordato, han nombrado Embajador al imponderable D. José del Castillo y Ayenza. La impiedad habría mandado á un regalista; la ortodoxia manda al más rabioso de los ultramontanos. Los que tenemos memoria recordamos que en 1846, cuando se discutió en el Congreso la persona de Castillo y Ayenza, el Sr. González Romero le llamó *incapaz* y dijo de él horrores. Pues este González Romero que era entonces cismontano, como lo éramos todos los de la cuerda liberal, y hoy se ve encumbrado á la poltrona de Gracia y Justicia, ha elegido al mismo *incapaz* sujeto para que vaya á Roma por todo, es decir, por un Concordato. Yo me felicito: todos hemos venido á ser *ultras*.

—¡Mala lengua!—le dijo Domiciana más

compasiva que iracunda,—con la hiel que usted derrama habría para poner una gran botica de venenos.

—¡Oh! señora, no derramo yo hieles ni venenos, sino cerato simple y bálsamo tranquilo—replicó Centurión.—Desde que me metí á *ultra*, me tiene usted consagrado á desmentir todos los rumores que corren contra el Gobierno, y contra Palacio y el monjío. Voy algunos ratos á los corrillos de la Puerta del Sol, donde están las peores lenguas de la cristiandad, y allí pongo de vuelta y media á los maldicientes. Sabe usted que cada semana tenemos un notición nuevo, pedazo de carne podrida que se arroja á los pobres cuervos para que vayan viviendo. La comidilla putrefacta de hoy es ésta: Su Majestad el Rey, que no puede vivir sin visitar cuatro veces al día á las señoras Franciscas de la calle de Leganitos, se incomoda de que el público le vea pasar en coche tan á menudo, y de que la guardia de Artillería del cuartel de San Gil señale su paso con toque de corneta... ¿Y qué ha discurrido para guardar el incógnito? Pues vestirse de clérigo. Así ha podido hacer de noche sus visitas, atravesando á pie las calles...

—Eso es mentira—afirmó indignada la cerera,—y el que tal crea y diga merece que le emplumen... por tonto, más que por malo.

—Ya sé que es falsedad. ¡A quién se lo cuenta! Yo estuve en acecho dos noches, y no ví nada. Pero hay quien por haberlo so-

ñado, asegura que lo ha visto. En las tertulias de la Puerta del Sol tenemos mentirosos de buena fe que le dan á uno espanto... Yo me seco la lengua rebatiendo sus disparates. Hoy, por poco le pego á uno que me sostenía con toda formalidad que el Rey se entretiene en jugar á la gallina ciega con las novicias...

—¡Vaya un disparate! Hace usted bien en destripar esos cuentos ridículos. Pique usted, Hermano Centurión, pique por ese lado y se le hará justicia.

—Hermana Domiciana, yo pico; pero la justicia no llega. Ya dije á usted en qué paso mis tardes: á prima noche me tiene usted en los ejercicios de Italianos ó Bóveda de San Ginés, alternando, y de allí me voy á mi casa. Nadie me verá en teatros, cafés, ni alrededor de las mesas de billar. En mi casa trabajo á moco de candil. Consagro los ratos de la noche á la Poesía, con quien algún trato tuve en mi mocedad. No me faltaba lo que llamamos estro... Dirá usted que quién me mete á poeta, y yo contesto que sí somos plaga, seámoslo en todos los terrenos. ¿Ha observado usted que los poetas del día no se tienen por tales si no enjaretan una ó más composiciones religiosas? Los viejos, los de mediana edad, y aun los jovencitos que rompen el cascarón retórico, nos regalan cada día, bien la *Oda al Santísimo Sacramento*, bien la *Canción á los Reyes Magos*, éste *Octavas reales á San José bendito*, el otro *Quintillas á la Creación del*

Mundo, cuando no un *Romance á los Misterios gozosos de Nuestra Señora*... ¡Pues no han sido poco celebradas las composiciones de mi amigo Baralt *A la Encarnación*, y de Cañete á la *Transfiguración del Señor*! Pero á todos supera el numen del insigne poeta D. Joaquín José Cervino, que en su *Oda á las Bodas de Caná*, refiere el milagro con estos rotundos versos:

*Ya linfa en hidria pura contenida,  
Mira en licor de Engadi convertida.*

„Pues los chicuelos que empiezan ahora, como Pepe Selgas y Antonio Arnao, también enjaretan su metrificaci6n correspondiente sobre un tema religioso. Hasta los padres graves de la pasada era romántica, los Hartzenbusch, los García Gutiérrez, los próceres como Saavedra y Roca de Togores, y el grandull6n D. Juan Nicasio, se descuelgan con su *Silva al Sacrificio de Isaac*, ó con un lindo *Panegirico de la Pentecostés* en alejandrinos. ¿Qué es esto más que una señal de los tiempos? No vivirían los poetas si no se arrimaran á los pesebres del Estado, y como el Estado es hoy manos y pies invisibles del cuerpo de la Iglesia, que tiene su visible cabeza en Roma, todos los jóvenes y viejos que andan por el mundo con una lira á cuestras, ó la tocan para Dios y los Santos ó no comen... Vea usted por dónde yo he resucitado mis antiguas debilidades poéticas; desempolvo mi lira y po-

niéndole cuerdas nuevas, me lanzo á tocarla con plectro y todo, y endilgo mi *Canto Epico al Centuri6n Cornelio*... En la invocaci6n á la *Musa Cristiana* para que me sople, doy á entender que de aquel romano Centuri6n procede mi familia, y que por ello estoy obligado á cantarle con tanta gratitud como entusiasmo y fe. En *La Patria* podrá usted leer mi *Canto Epico*. He preferido este periódico porque es el que viene pegando fuerte á Narváez, Sartorius y á toda la fracci6n caída, que ha tenido en tal desamparo á la religi6n y sus ministros. ¿Ha leído usted lo que dice del donativo que hizo la Reina á Narváez?

—No leo periódicos, D. Mariano, ni me importa lo que digan.

—Pues el regalito fué de ocho millones, para que pudiera vivir con decorosa independencia el hombre que... Hoy hablaban de esto en la Puerta del Sol, y allí hubo quien, echando fuego por los ojos y ácido prúsico por la boca, hizo la cuenta del número de cocidos que con esos ocho millones se podrían poner en un año, para los tantos y cuantos españoles que se pasan la vida ladrando de hambre...”

Cansadas del insufrible lamentar de aquel mendigo de levita, Lucila y Domiciana le miraban esperando un punto, ó punto y coma, en que pudieran meter cuña para despedirle. “Hermano Centuri6n — dijo al fin la cerera, —acabe ya y déjenos, que tenemos que hablar las dos de nuestras co-



sas, y con su salmodia nos ha levantado jaqueca.

—Como benemérita plaga española que soy, Hermana Domiciana, no tiene usted más remedio que sufrirme... No puedo retirarme mientras no ponga en conocimiento de usted algo que debe saber, y para que lo sepa he venido hoy aquí.

—¡Pues hubiera empezado por eso, Santa Bárbara!

—¡San Caralampio! Yo empiezo por el fin y acabo por el principio, á causa de tener mi pobre cerebro del revés, como es uso entre cesantes... Vamos al caso: usted sabe que la Madre Patrocinio bebía los vientos por destituir al señor Patriarca de las Indias, D. Antonio Posadas Rubín de Celis... Nunca le perdonó á este señor que se burlara de las llagas, y las calificara, como las calificó, de *farsa indigna de una nación católica*... El odio de Su Caridad levantó gran polvareda contra el Prelado, por si era ó no era de la cáscara amarga. Se decía que en 1823, gobernando la diócesis de Cartagena, renunció la mitra y se fué á la emigración por no bajar la cabeza ante el absolutismo... Esto le imputaban, y de tal modo atronaron los oídos del Rey y de la Reina, que al fin... usted lo sabe... le largaron el cese al Patriarca, y en su lugar fué nombrado D. Nicolás Luis de Lezo, confesor de la Reina Madre, el cual, se endilgó la sotana morada, antes que de Roma vinieran las Bulas... Usted sabe que lo que vino de Roma fué un so-

berano rapapolvo desaprobando todo lo hecho, y confirmando en su puesto al Sr. Posada y Rubín de Celis... Usted sabe que...

—Ya me está usted estomagando con si sé ó no sé—dijo Domiciana.—Lo que yo sepa ó ignore no es cuenta de nadie.

—Todo el mundo sabe que el Sr. Lezo, á pesar del rapapolvo, siguió con su capisayo morado, tan guapín, olvidando que ni es Obispo ni nada. Nuestra graciosa Reina, que de niña era muy salada, puedo dar fe de ello, y de mujer es la sal misma, le puso á D. Nicolás Luis un mote preciosísimo... usted lo sabe: *el Obispo de Farsalia*...

—Bueno, ¿y qué?

—La señora *Madre* aguantó el cachete, por venir de Roma, y esperó; el señor Patriarca, ya muy viejecito, no podía ser eterno... Al fin se lo ha llevado Dios: ya está vacante el puesto. Y ahora, Hermana Domiciana, yo le pregunto á usted por si quiere decírmelo: ¿Sabe quién será el nuevo Patriarca?

—No lo sé, ni aunque lo supiera se lo diría.

—Porque la Reina Cristina hace hincapié por su candidato, el de Farsalia; el Infante D. Francisco se interesa por el Padre Cirilo... y el Gobierno... Esta es la noticia que le traigo á usted, noticia que aparejada lleva una preguntita. El Gobierno propone al Señor D. Joaquín Tarancón, Obispo de Córdoba, que, como he dicho antes, es tío de la señora Abadesa de la Encarnación. Me cons-

ta que una gran parte de lo que podríamos llamar *elemento eclesiástico* vería con gusto al Sr. Tarancón en el Patriarcado de Indias, y yo... no le digo á usted nada: casi casi es mi pariente... Pues ahora viene la pregunta: ¿Sabe usted quién es el candidato de la *Madre*? Porque yo me pongo á discurrir y digo: "O hay lógica ó no hay lógica. Si un Gobierno que tiene por dogma la perfecta obediencia á las soberanas voluntades que nos rigen, se lanza á proponer á Tarancón, ¿no quiere esto decir que Tarancón es grato á la *Madre*, y por ende á la *Hija*, ó en otros términos, que Tarancón es el candidato del *Altar y el Trono*, como decimos los *ultras*?..." Con que, Hermana Domiciana, dígame si esto que pienso es la verdad, ó si me falla la dialéctica; dígamelo, y hará un gran favor á un padre de familia con mujer y siete criaturas. ¿Es D. Joaquín Tarancón candidato de la *Madre*?... Porque si lo es, *Patriarcam habemus*."

Nerviosa y un tanto descompuesta le contestó Domiciana que no tenía nada que contestarle ni que decirle, como no fuera que tomara la puerta y se largase con sus historias á la del Sol, ó á cualquier mentidero. Lastimado en lo vivo D. Mariano, levantóse afectando dignidad y dió algunos pasos hacia la salida. Mas no quiso irse sin venganza de aquel desprecio: calóse el sombrero, requirió las solapas del levitón, y en actitud un tanto estatuaría, con temblor de la mandíbula y ronquera de la voz, se dejó

decir: "Por no ser amable y franca, usted pierde más que yo, porque no le doy una noticia tremenda... noticia de un suceso reservado, que lo será por algún tiempo todavía... suceso... noticia de un valor que usted no puede figurarse... y que ignora todo Madrid, menos unos cuantos... y yo. En castigo, no se lo digo, no. Fastídiense, rabie.

—¿También de monjas y Patriarcas?

—No... Es cosa militar...—dijo Centurión escurriéndose á lo largo del pasillo.—Cosa militar... gravísima... y no lo sabe... Fastidiarse..."

Domiciana corrió tras él murmurando: "Hermano, aguarde, oiga..."

Pero él, impávido, desapareció en la obscuridad de la angosta escalera repitiendo: "No digo nada, nada... Fastídiense, rásquese... Cosa militar..."

## XIV

—¡Pero este D. Mariano...! ¿No te parece que está loco?... Y esa noticia de militares, ¿qué será?... ¿Pues sabes que me ha dejado perpleja y con ganas furiosas de saber...? Es un perro... Cuando le da por callar, molesta más que cuando nos aturde con sus ladridos... No me sorprende que sepa cosas muy reservadas... Estos cesantes rabiosos se meten en todos los rincones para olfatear lo que se guisa, y lo mismo entran en